

MISTERIOSA DESAPARICIÓN
DE UNA JOVEN.
EL PAÍS DE BANSHEE Y POOKA

Lo que podría parecer una historia fantástica de otros tiempos en Irlanda, es tema hoy de todas las conversaciones en los alrededores de Ardara y Glencolumbkille. Al parecer, una mujer joven de nombre Mary Heaney, esposa de un pescador local, que vivía con su marido y sus dos hijos en una cabaña del pueblo de Port na Rón, desapareció en la tarde del 14 de mayo de 1896 y no se ha vuelto a saber de ella. Hasta el momento, y a pesar del empeño de la policía y de numerosos grupos organizados para su búsqueda, no se han tenido noticias suyas y se desconoce si está viva o muerta.

Un hecho ha causado gran impresión: el marido jura que la noche anterior a la desaparición de su esposa la descubrió hablando en voz baja con una criatura salvaje, una foca, junto a la ventana de la cabaña.

Existe una superstición local sobre las focas según la cual pueden cambiar de piel en determinados períodos de su existencia y a veces se presentan en tierra

firme bajo forma humana. Dicen los lugareños que si alguien descubre la piel de una de esas criaturas, una *selkie*, cuando tiene forma humana, ésta se adueña de aquel ser o de aquella alma hasta el momento en que recupera su piel. Ni que decir tiene que, por las noches, junto al fuego, estas historias de aparecidos y duendes se devoran con la avidez que sólo un caso misterioso de esta clase es capaz de despertar. Es posible que cuando aparezca la mujer en carne y hueso se desvanezca todo el romanticismo que rodea el caso.

The Ballyshannon Herald, 18 de mayo de 1896

I

La muerte estaba cerca, pero la criatura herida saltaba y se retorció desesperada tratando de escapar. Seng Sotharith tiró de la caña y jugó con el pez mientras sentía en los movimientos desordenados del animal su furiosa negativa a entregarse. Él hubiera hecho lo mismo, pensó, hizo lo mismo cuando lo cogieron.

Sotharith estaba sentado en el tronco retorcido de un enorme álamo inclinado sobre el agua y contemplaba el fluir del río. A veces, allí sentado, suspendido sobre el agua, murmuraba una y otra vez las palabras, intrigado por la extrañeza que poseían para su lengua: *Minnesota*, *Misisipi*. Llevaba mucho tiempo en Estados Unidos: cinco años en California y casi ocho con la familia de su primo en Saint Paul, pese a lo cual seguía escapándosele la música del idioma.

Allá arriba, en lo alto de los peñascos, oía como un ronroneo el ruido de la ciudad, pero aquí no se percibía. Algunas mañanas neblinosas dejaba vagar la mirada sobre el agua y volvía a sentirse en Camboya. Veía casas levantadas sobre pilotes, oía el gri-

terío de sus hermanos mayores jugando y chapoteando en el río. Las imágenes subsistían poco rato, la bruma las disipaba rápidamente. En ese momento el sol estaba levantándose detrás de él y teñía de oro las hojas de la orilla opuesta. Dentro de poco tendría que escalar el escarpado peñasco e incorporarse a su trabajo en el restaurante. Pasaría allí toda la tarde hasta la noche, sordo a los gritos y ruidos de la cocina, lavando platos, sumido en cavilaciones y recuerdos que flotaban en su cabeza del mismo modo que lo hacían las nubes de vapor sobre el fregadero.

En otro tiempo había abrigado la secreta ambición de seguir las huellas de su padre y llegar a ser médico. Ahora, con casi cuarenta años, sabía que ya era tarde. Aun así, estaba decidido a aprender por lo menos inglés, a asimilar los extraños sonidos de aquella lengua y su escritura, más extraña aún. Era la única manera de honrar la memoria de su padre.

Sotharith se concentró en el pez recién pescado y dejó que nadara por última vez antes de recogerlo. Visitar aquel lugar le ayudaba a ahuyentar las imágenes de sus sueños, el embrollo de brazos y piernas que atravesaba todas las noches, la alfombra de cabezas que cubrían el pavimento igual que cantos rodados.

En cuanto llegó a Saint Paul, su primo lo llevó al médico, que resultó ser una mujer de cabellos grises y mirada afable. Le pidió que le hablara de los huesos, pero él no pudo. No le salieron las palabras. Todos lo miraban: su primo, el intérprete, la médica. Ésta trató de convencerlo de que no tenía nada que temer, de que en Estados Unidos estaba a salvo. Él repitió las palabras en inglés: estaba a salvo. Pero,

aun repitiéndolas muchas veces, seguían careciendo de significado. Lo único que Sotharith sabía era que tenía que bajar hasta la orilla del río tan a menudo como le fuera posible, caminar a través del bosque y de los bancos de arena bajo el verde dosel y oír cantar a los pájaros con las primeras luces.

Sotharith acabó por cansarse de la captura. Se incorporó y se dispuso a descender del ancho tronco del álamo para arrastrar la presa hasta las aguas superficiales junto a las raíces torturadas del árbol, asomadas a la tierra. Había llegado el momento de marcharse. Recogió las sandalias y el resto de sus cosas y se encaminó al sitio donde solía limpiar el pescado, un charco situado en un calvero pantanoso junto al pie mismo del peñasco.

Al llegar al lugar, Sotharith sacó una navaja y pasó la hoja unas cuantas veces por una pequeña piedra de afilar ovalada que llevaba en el bolsillo. El destello de la navaja se reflejó en un puñado de moras rojas que crecían a pocos pasos. Sotharith dejó la navaja a un lado y se agachó para coger las bayas, que parecían minúsculas gemas de vivo color carmesí en contraste con la sequedad de las hojas. Arrancó una baya y mordió su carne agridulce; era el sabor de la supervivencia. Después cogió el pescado de la cesta, lo limpió con mano experta, rajó el pálido vientre y con un dedo le extrajo las tripas brillantes y viscosas insertas en la espina, y observó cómo se iba apagando la luz de los ojos del animal sin que éste dejara de mirarlo.

El sol apenas había subido a lo más alto y ya el calor y el olor eran casi insoportables. Los conducían a través

de un terreno fangoso sembrado de cadáveres y, pese a que trataban de evitarlo, era imposible no pisarlos. Por alguna razón, los soldados que marchaban al frente se detuvieron y entonces se oyeron las voces de algunos de ellos que discutían. «Échate al suelo», le murmuró de pronto su padre. «Échate al suelo y no te muevas.» Sintió que una mano le oprimía el hombro e hizo lo que su padre le había ordenado, se deslizó entre los cadáveres todavía calientes procurando no mirar sus ciegas pupilas. Notó una mano fría, inerte, en la cara y a continuación oyó las órdenes que una voz lanzó en un ladrido a su padre y a los demás, y notó que un terror glacial se apoderaba de él al ver que todos se alejaban y él se quedaba allí. No profirió ningún sonido. Poco después oyó que los soldados mandaban parar. No hubo tiros ni gritos, sino tan sólo el ruido sordo y distante de golpes y de los cuerpos al derribarse aunque, abruptamente, se percibió un solo grito débil y penetrante. No duró mucho, las muertes entonces ya se habían convertido en costumbre.

Se volvía todo más nebuloso cuando quería recordar lo que ocurrió después, cuánto tiempo estuvo tendido entre los muertos aguardando la ocasión de escapar y los días y semanas que pasó escondido en la selva, bajo la lluvia que caía de las palmeras, comiendo los frutos que encontraba a su paso, los insectos y las larvas que desenterraba y todo cuanto tenía a su alcance. El tiempo ya no era mensurable, le pareció que llevaba años viviendo con los pájaros y los monos antes de que los soldados lo apresaran y lo condujeran a los campos de concentración. Allí tuvo que recurrir a otro tipo de fuerza de voluntad para sobrevivir.

Aquí en Estados Unidos siempre se había sentido tocado por la muerte; todavía notaba el contacto de aquella mano fría en la cara.

Se lavó la sangre del pescado de las manos en el charco que formaba el manantial que brotaba del suelo del bosque. Tras limpiar el pescado, tenía siempre buen cuidado de enterrar las tripas. Si había escogido aquel lugar no era sólo por el manantial, sino también por la blandura de la tierra que lo rodeaba. Era fácil escarbar en ella. Apartó las hojas secas con una mano y cogió con la otra una rama del suelo para utilizarla como herramienta. En un primer momento, el terreno cedió fácilmente y la tierra fue desprendiéndose en terrones irregulares. Pero de pronto el improvisado azadón tropezó con algo. Arrodillado como estaba, se inclinó hacia adelante, retiró más tierra, zarandó la rama hacia uno y otro lado y notó de pronto que la tierra se ablandaba al tiempo que aparecía el objeto enterrado. Al echarse hacia atrás, cayó sobre él una lluvia de hojas podridas acompañada del crujido de ramas secas bajo el peso de su cuerpo. Apoyándose en los codos, Sotharith se levantó y contempló lo que acababa de desenterrar.

Sobre la tierra, entre sus pies, había una calavera humana con los huesos de los pómulos machacados y astillados y las cuencas de los ojos mirándole desde el vacío. Sotharith sólo podía devolverle la mirada, porque apenas podía respirar. Dentro del pecho fue resucitándole lentamente una certidumbre que abrigaba desde hacía mucho tiempo: no había lugar seguro, ni siquiera aquí. Los campos de la muerte están en todas partes.

Se abrieron las puertas del ascensor y Nora Gavin vio un largo y espacioso pasillo. Estaba escasamente iluminado, desierto y silencioso. Lo enfiló y oyó tras ella el rumor de las puertas del ascensor al cerrarse. No vio ninguna indicación, nada que le señalara hacia dónde debía dirigirse. Sin embargo, el sitio tenía que ser éste. Sus pisadas despertaban huecas resonancias de las baldosas y notaba su paso a través de zonas de luz proyectada por lámparas fluorescentes que zumbaban.

Al llegar a la amplia puerta del final del pasillo, levantó una mano para protegerse los ojos y atisbó a través de la ventana. Bajo el fulgor de una única lámpara que colgaba del techo, vio una figura inmóvil y silenciosa envuelta en una sábana blanca, tendida en una mesa en medio de la habitación. Debajo de la sábana asomaba una maraña de cabellos rojizos. Otra vez. Se apartó y arrimó el cuerpo a las frías baldosas, incapaz de hablar ni de moverse. La puerta se abrió e inmediatamente oyó una voz firme a su lado:

—Señora, ¿tiene la bondad de avanzar el asiento?

Despertó sobresaltada, sumida aún en el frío ho-

rror de la pesadilla. Tardó un momento en recordar dónde estaba: en un avión que cubría la ruta de Irlanda a Saint Paul. Intentó respirar profundamente, pero el pecho todavía estaba contraído por el miedo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la azafata.

—Muy bien, gracias.

Los ojos de la mujer sostuvieron un momento su mirada, por lo que Nora se vio obligada a añadir algo más:

—He tenido una pesadilla.

La azafata asintió con aire comprensivo y siguió su camino. Nora se irguió en el asiento y se apartó la manta de los hombros mientras se peinaba con los dedos de ambas manos por si los cabellos se le habían desmandado. Debía de haber estado ausente una hora o más. Las últimas noches había dormido a rachas, lo que explicaba que se quedara traspuesta en un avión y, además, en pleno día. Le parecía una eternidad el tiempo transcurrido desde que había abandonado su piso de Dublín, pero aquello no había sido más que el comienzo de aquel día tan extraño como agotador. Cuando seguía al sol en su ruta hacia poniente tenía siempre la sensación de hacer un viaje atrás en el tiempo.

Se restregó la cara con ambas manos en un intento de borrar las imágenes que parecían haberse demorado aún detrás de sus párpados. Ahora que volvía a casa, era como si todas las imágenes que había querido ahuyentar en los tres años últimos volvieran a invadir sus sueños y, cuando despertaba, sus pensamientos. Era curioso, sin embargo, que en aquel sueño horrible jamás entraba en la sala de reconoci-

miento, ni una vez siquiera levantaba la sábana. Y era extraño porque, en la vida real, la pesadilla no se detenía en la puerta.

No había estado sola. Flanqueada por dos detectives, había entrado en la sala de reconocimiento enferma de miedo. Una voz sobrehumana le había preguntado: «¿Está preparada?». Recordaba que asintió con el gesto a sabiendas de que mentía. ¿Cómo iba a estar preparada para lo que estaba a punto de ver?

Cuando el encargado del depósito de cadáveres retiró la sábana, se quedó helada mientras trataba de encontrar sentido a aquel embrollo de cabellos rojos y a aquellos rasgos tan brutalmente desfigurados. Un coro estridente de negativas resonó en sus oídos cuando el encargado levantó suavemente el brazo derecho del cadáver y encaró la muñeca hacia ella, como queriendo recordarle que estaba allí para comprobar marcas de identificación. ¿Para qué, si no era Tríona? No podía ser ella.

Entonces la vio, aquella marca parecida a una media luna debajo de la muñeca. Era innegable que su hermana tenía esta marca. El empleado se desplazó hasta el final de la mesa y levantó la sábana para dejar al descubierto otra mancha pigmentada, pequeña y oscura, en la pantorrilla. Sí, Tríona también tenía una mancha parecida, pero las voces seguían chillando..., hasta que por fin el hombre dio un rodeo a la mesa, levantó con delicadeza la sábana a la altura del tobillo y mostró una pequeña cicatriz blanquecina en zigzag. Sólo entonces enmudeció el clamor de voces en su cabeza. En el silencio que si-

guió, se acercó y puso una mano sobre la cicatriz al tiempo que recordaba que ella era la responsable de aquella marca tan particular y distintiva.

Había sido un día bochornoso de pleno verano. Tenía quince años y había obligado a su hermana a dar una vuelta en bicicleta, para lo cual enfiló con toda deliberación un accidentado sendero de grava demasiado difícil para Triona, entonces una niña de diez años. Recordó que se volvió a mirar al oír el chirrido de las gomas al resbalar en la grava y vio cómo la engrasada cadena de la bicicleta arañaba cruelmente el tobillo de su hermana. Actuó entonces de forma automática, poniendo en práctica todo lo que había aprendido en las clases de primeros auxilios —envolver la herida y presionarla con fuerza— hasta que dejó de salir sangre. Recordó con satisfacción que su intervención fue eficaz. En aquel momento estaba preparada para cualquier cosa...; es decir, para cualquier cosa menos para la mirada que le dirigió Triona. ¿Cómo podía olvidarla? Aquel momento lo cambió todo, porque se vio por primera vez a sí misma a través de los ojos de su hermana y sintió una honda vergüenza. De pie en el depósito de cadáveres, advirtió que aquel corazón no latía, que aquel ser no respiraba, que bajo su mano no había vida y, sin embargo, no podía apartarse de su lado.

Nora se recostó y volvió a cerrar los ojos. Hacía cinco años justos que Triona había sido dada por desaparecida, cinco años casi desde que aparecieron sus restos prácticamente irreconocibles dentro del portamaletas de su coche en un aparcamiento subterráneo. Nora sabía que no podía dejarse arrastrar de

nuevo por la espiral descendente que parecía querer engullirla cada vez que pensaba en el asesinato de Tríona. Las pesadillas e imágenes retrospectivas no eran buena señal.

Buscó en el bolsillo el nudo de avellano verde que le trenzó Cormac Maguire la última tarde que pasaron juntos, en un lugar llamado Loughnabrone, el lago de las Tristezas. Era un lugar donde habían muerto varias personas y en el que ella también estuvo a punto de perder la vida. Pero no pensó en eso. Lo que recordaba con más claridad de aquel día terrible era la expresión de Cormac al ver sus manos y sus ropas cubiertas de sangre. Y el alivio que la borró al decirle ella: «No es mía. La sangre no es mía».

Se sintió invadida por una oleada de nostalgia. Todo sucedía tal como ya había temido aquel día en el pantano: cuando se separase de Cormac empezaría a verlo por todas partes. ¡Basta ya! Si continuaba pensando esas cosas, acabaría loca. Pero, en realidad, era por él que estaba en aquel avión, otra vez camino de casa. El tiempo que habían pasado juntos en los últimos catorce meses hizo que se preguntara si había hecho por Tríona todo cuanto estaba en su mano. Sin Cormac, tal vez seguiría aún trabajando en Dublín, esforzándose en no pensar en lo que la llevó allí. Sin embargo, trabajar a su lado la había llevado a conocer la existencia de personas cuyas vidas terminaron en tragedia. Pese a que sólo las había conocido después de muertas, eran para ella totalmente reales. Y por encima de todas estaba la de la chica pelirroja, la *cailín rua*, aquel ser decapitado y sin

nombre de las ciénagas irlandesas que lo puso todo nuevamente en marcha. Había sido la *cailín rua*, con su airada e interminable demanda de justicia, la que había colocado una vez más a Nora en el camino que nunca hubiera debido abandonar. A medida que iba involucrándose más y más en las historias de la gente de los pantanos, contribuyendo incluso a reconstruirlas, acababa por llegar a la conclusión de que no eran más que sucedáneos. Detrás de todas ellas estaba la historia inacabada de Tríona todavía impresa en su conciencia, que la obligaba a volver a lugares a los que no deseaba retornar.

Cormac no le pidió que se quedara en Irlanda. Al contrario, le dijo que entendía el porqué de aquel viaje. Pero, ¿cómo iba a entenderlo cuando ella, deliberadamente, le había ocultado tantas cosas? Le contó lo ocurrido a Tríona —los hechos escuetos del asesinato, nada más— y le confesó sus sospechas en relación con su cuñado, Peter Hallett, pero en cuanto al resto —tratar de encontrar palabras para hablarle de la desavenencia con sus padres, de su sobrina Elizabeth, por no mencionar también los angustiosos sueños y dudas sobre su propia comprensión de la realidad—, reconocía que superaba lo que era capaz de afrontar en la emergente relación que mantenía con Cormac.

Debía tener presente a Elizabeth. ¿Cuánto tiempo la protegería la inocencia propia de la niñez, cuánto tiempo tardaría en transitar con su padre los mismos campos minados que Tríona quiso pisar? Por muy diferente que fuese la manera en que Nora juzgara la situación, siempre surgía la misma pre-

gunta final: ¿Qué estaba preparada a sacrificar para que la tragedia no se repitiera?

Esta vez no volaría a Irlanda cuando las cosas se pusieran difíciles..., puesto que sabía que se pondrían difíciles, de nada servía engañarse. Sintió toda la potencia de los motores, situados a pocos metros de distancia, anunciando el rugido horrísono que emitirían al tocar tierra para refrenar el ímpetu del avión. Percibió el último remolino ascendente del estómago antes de que las colosales ruedas del aparato se deslizaran sobre la pista y comprendió que en aquel momento ya no había posibilidad de refrenar nada, ni de aminorar la marcha, ni tampoco de detenerse.